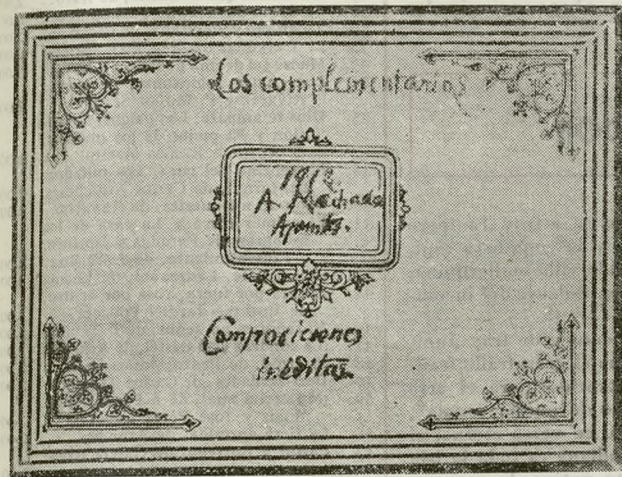


POESIA Y POLITICA SOBRE ANTONIO MACHADO

Por ENRIQUE CASAMAYOR

QUE no venga a suceder con la figura de nuestro D. Antonio Machado lo que ha sucedido con la de Federico García Lorca, poeta nuestro y muy nuestro. Si Lorca es hoy, en buena parte del mundo, objeto y bandera de propagandismo político, se debe tanto al silencio impertinente nuestro como a la intención política disfrazada con la piel del cordero de la poesía. Poesía y política son dos misterios humanos que no pueden, no deben convivir. Quien los junta, destruye poéticamente lo que no debe morir. El "caso" García Lorca, descendido a pragmática partidista y a pasquín banderizo, es un producto típico de los últimos años peregrinos, que incluso han roto la medida de la valoración crítica de la poesía. Poner a Lorca a la altura de Jorge Manrique, equipararle a Lope de Vega o a Bécquer, es una demasía de refracción política. Encuadrando a cada cual en su casilla, éste sería el caso, no de



Lorca, sino de Antonio Machado, poeta universal. Pero Machado, hombre con alguna ocupación política en su obra, al contrario del granadino, ha sido respetado hasta cierto punto por la propaganda del momento. Quizá su muerte, abandonada y mísera, no pudo convertirse en el "slogan" populachero e irrespetuoso que se deseaba, ya que el recuerdo de su fin desgraciado no permitió acallar conciencias, culpables de una muerte que no se quiso evitar. Porque Machado murió solo, viejo, enfermo y abandonado de los que le empleaban como instrumento de su política. La huida a pie por Cataluña, el campo de concentración en Francia, la última enfermedad y la muerte en el desamparo de Collioure son otras tantas acusaciones. Hora es de que se diga la verdad: la muerte de Machado fué un parricidio político, a manos de quienes más le debían.

Al margen de su calamitoso fin, Machado sigue tan nuestro y tan español como García Lorca, pese a quien pese. ¿Qué pasa, pues, con Machado, cuya gigantesca figura parece olvidarse? ¿Qué se ha hecho en América y en España con su recuerdo y su obra desde 1939? Poco significan, a la hora de la verdad y del amor, las ediciones de sus obras más o menos completas, dadas a la imprenta con ánimo negociante. Cosa parecida, quizá acentuando los síntomas, ha ocurrido en Méjico y Argentina con la obra de García Lorca, negocio el más lucrativo a ediciones agotadas, alternando con biografías sin rigor ni documentación, fríste favor que se le hace a la memoria del poeta.

No ocurre lo mismo con Antonio Machado, de cuya obra y, en principio, de su muerte se ha escrito mucho en América. Esta indudable preocupación por Machado adolece, sin embargo, de brevedad. En general, los trabajos publicados en diarios y revistas americanas durante los dos últimos lustros son más bien artículos periodísticos, más circunstanciales y fragmentarios que verdaderos estudios críticos, de los cuales la obra machadiana está casi virgen. Citamos de estos últimos el ensayo de Santiago Montserrat *Antonio Machado, poeta y filósofo*, publicado en Buenos Aires, y el de Alberto del Campo *Antonio Machado, poeta y castellano. Meditación sobre el paisaje y su filosofía*, en Montevideo.

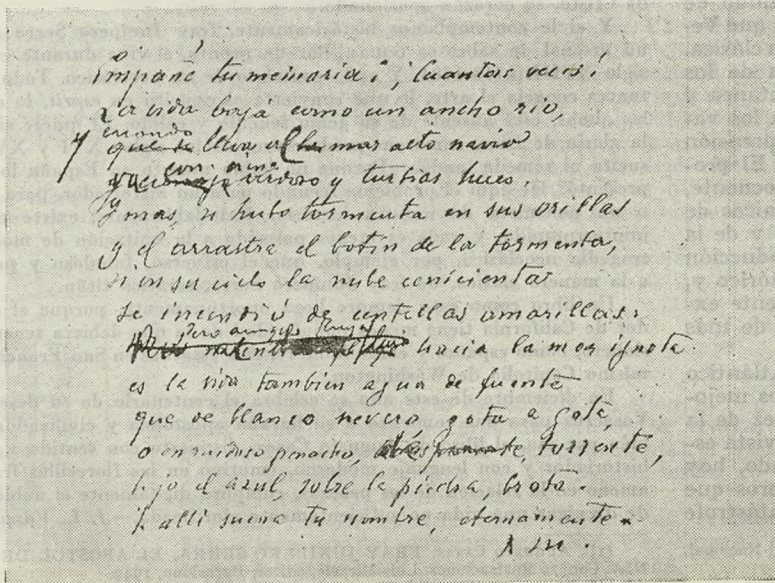
En España tampoco se ha ido muy lejos.

Como en América, aún está por escribir una obra crítica seriamente trabajada. Las revistas apenas han parado mientes en la importancia del caso, mientras las casas editoras proseguían con sus nuevastiradas, reducidas a mera reedición. Un solo libro, *Vida de Antonio Machado y Manuel*, de Miguel Pérez Ferrero, rompe en el aspecto biográfico la casi absoluta orfandad. Y entre los estudios, uno magnífico de Carlos Clavería, publicado por el Colegio Trilingüe y la Universidad de Salamanca, *Notas sobre la poética de Antonio Machado*; la aportación de Pedro Laín Entralgo en su libro *La generación del 98*, y también el prólogo de Dionisio Ridruejo a la quinta edición de las *Obras completas* de Espasa-Calpe, Madrid, 1941. *El poeta rescatado* es, en su época y en España, ejemplo de adhesión pública a la obra permanente de Antonio Machado. En este sentido, José María Valverde, en su trabajo *Sobre Antonio Machado* ("Arbor", 1949), escribe: "El trabajo de Ridruejo contribuye a deshacer la imagen que de Machado pudieran dar algunas actitudes prácticas de sus últimos años, haciendo ver cómo su pensamiento e ideario siguieron siendo algo mucho más noble y elevado de lo que quisieron los que le rodeaban."

Se está cumpliendo el décimo aniversario de la muerte de don Antonio en tierras de Francia. Sólo la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, una revista "oficial", con su sambenito a cuestras, anuncia para octubre un número monográfico dedicado a estudiar la vida y obra machadianas. "El Gobierno español—dirá la irritabilidad peregrina—, que quiere hacerse con los poetas que se le fueron..." Sin pensar que, por esta vez de acuerdo con Stalin, "el arte pertenece al pueblo", la poesía pertenece al pueblo y, muy particularmente, el poeta popular que es Machado pertenece a España.

España, por esta vez, gozará la suerte de poner en claro una parcela muy considerable de la obra de Antonio Machado, desconocida o no interpretada hasta la fecha. El hallazgo de un cuaderno de apuntes, especie de diario del poeta que abarca distintos períodos de 1912 a 1924, viene a esclarecer, sin más duda, el misterio de *Los complementarios*, cuyo título lleva y que explica con abundante documentación la famosa teoría machadiana de la alteridad, de la heterogeneidad del ser. Este precioso cuaderno, de cuatrocientos folios, aclara igualmente la verdad medio revelada del *Cancionero apócrifo*, presentándonos, junto al poeta Abel Martín y a su maestro Juan de Mairena, otros doce poetas, que son otras tantas "otredades" de Machado. Uno de ellos—y esto es ya rizar el rizo—viene a llamarse Antonio Machado, a quien "alguien ha confundido con el célebre poeta del mismo nombre, autor de *Soledades*, *Campos de Castilla*, etc.", como el propio don Antonio apostilla irónicamente en la presentación de su "otro él" homónimo. Unase a todo esto un sinnón de comentarios de varia índole y la inclusión de un buen número de poemas inéditos y de numerosas variantes sobre los ya publicados por su autor.

Este cuaderno de *Los complementarios* es el segundo de los tres a que Machado alude. ¿Dónde pararán los otros dos? ¿Se habrán perdido en la marcha de enero de 1939 hacia los Pirineos? Quizá quienes acompañaban a don Antonio en aquel viacrucis de amargura puedan saber algo. Aquella maleta que se abandonó no se sabe dónde...



FRANZ TAMAYO Y BOLIVIA

Bajo el título "Franz Tamayo, hechicero del Ande", publica D. Fernando Díez de Medina, escritor boliviano, una biografía, "al modo fantástico", del poeta indioespañol Francisco Tamayo, que es al mismo tiempo, y fundamentalmente casi, una biografía de Bolivia a lo largo de ochenta años: tan entrecruzada está la existencia del protagonista con la de su patria y tan fundida y confundida su historia personal en la de su tiempo. Como Tabaré, el héroe romántico del poema de Zorilla San Martín, Tamayo es, orgullosamente, mestizo de español y de india, y corre por sus venas la doble herencia de la sangre conquistada y de la vencida: "Todas nuestras ideas son de blancos. Todos nuestros sentimientos, de mestizos. El grande mal de que sufrimos es este divorcio de criterios y de sentimientos, verdadera disociación de fuerzas interiores que nuestra moderna cultura a la francesa acentúa y agrava. Nuestra vida es una constante contradicción." Con estas palabras mismas expresa Tamayo el drama íntimo en que el alma mestiza se debate. Y agrega en otra ocasión: "En América, las generaciones deben preparar la vida como si un día el viejo mundo debiera sumergirse en el océano y dejarnos solos en el planeta." Protesta Tamayo de continuo contra la invasión literaria y superficial de las ideas venidas de París, "el mal de América", según llama él a la penetración colonial de la cultura francesa en el continente andino, por acentuar todavía más estas ideas aquel divorcio de criterios y sentimientos que sufre el indio aborigen en su alma. "El daño causado en las dos últimas centurias, en los países que han sufrido intensamente la excesiva difusión de ciertas ideas francesas, es, en verdad, profundo e incalculable." Esto dice ya en 1913 Tamayo, en pleno auge de París, adelantándose proféticamente a su época y dando pruebas de comprender con profunda verdad el problema de su pueblo y de su raza espiritual. Huyendo del embriagador contagio francés, "que mata al indio como el whiskey al piel roja", según solía decir otro americano del sur, Tamayo orienta su espíritu hacia Alemania, uniéndola en su amor, goethianamente, con Grecia; pero sus compatriotas le tachan entonces de extranjerizante y le acusan de olvidar lo indio y vernáculo. A la postre, en los sombríos días finales de su existencia, próxima su muerte, Tamayo españoliza el hondo sentir de su alma india. Dice D. Fernando Díez de Medina: "En la última derrota surge con bruseca majestad el ibero, el gran señor inexorable con el mundo y consigo mismo. Lo español es el arte de bien morir. Lo más sustancialmente español es esta sabiduría de la muerte. España no puede ser liberal, como Francia e Inglaterra. Es o no es. "Efectivamente, España no puede ser simplemente liberal, sino que ha de ser, ante todo, afirmación plena de su esencia y de su libertad.

Poéticamente pertenece Tamayo, "el niño de ojos viejos", como bellamente le llama su biógrafo, al romanticismo rezagado, aislado, casi geográficamente, en medio del modernismo simbolista de América. Tiene su verso un ritmo sobrio y cortante, como la arista de la roca andina, y sólo algunas veces un diáfano fluir interior pone estremecimiento, gracia y frescura en la dicción granítica de su poesía:

La vi sin verla un día,
la sentí sin sentirla,
Llegaba inmensa y honda
como la primavera,
y en el silencio íntimo
con que la nieve cae.

No son, empero, frecuentes estos momentos en que el acierto expresivo acompaña a la inspiración romántica de Franz Tamayo, y se hace necesario espigar vigilantemente entre sus composiciones para cosechar aquí y allá unos cuantos granos de genuino encanto poético. He aquí una última muestra en la que se entreoje fugazmente esa especie de sonido metafórico, ese entrecrozar de las estaciones en el rumor de la Naturaleza, tan peculiar del estro sudamericano y tan típico, por ejemplo, en la poesía chilena de Pablo Neruda:

¡Verano que se parte,
valle que muere ya!
.....
¡Funerales tambores
de los otoños pálidos!

Pero la mejor y más ejemplar obra de Tamayo es su vida misma hecha a punta de voluntad y de esfuerzo: a través de ella encuentra expresión su poderosa personalidad y logra humana plenitud su originalidad aimará y castellanísima. Resulta apasionante ver cómo se entreteje la vida entera de un pueblo—con su política, sus luchas grandes y mezquinas, su incipiente organización y el drama siempre latente de sus clases sociales—en la existencia de un solo hombre. Así, biográficamente, la historia de Francisco Tamayo despliega ante nosotros la de Bolivia. Insensiblemente penetramos en la misteriosa intimidad del indio boliviano y nos sumimos en el silencio milenario de su alma. Para Tamayo, "el meridiano intelectual de América hay que buscarlo en Méjico, Bolivia o el Perú, en la América india o mestiza, que es la auténtica y permanente, no en la cosmopolita, que es la artificial y transitoria". América, la América hispana, "la América fragante de Cristóbal Colón", que nos entrecubre adánicamente el verso de Rubén Darío: virgen de técnicas científicas, sociedad en ebullición y en acción interior, alma haciéndose a sí misma, nos permite asomarnos al proceso de crecimiento e integración de un pueblo, y observar al desnudo, y